

*¡Mujeres,
mierda!*

MARÍA TERESA ANDRUETTO

María Teresa Andruetto (Córdoba, 1954) es una de las escritoras argentinas más relevantes de América Latina. Su obra literaria, con novelas como *La mujer en cuestión* (2003) o *Lengua madre* (2010), incluye también libros de cuentos, ensayos, poemarios y una amplia producción de literatura infantil y juvenil, por la que recibió en 2012 el premio Hans Christian Andersen, considerado el «pequeño Nobel» de la literatura. En sus textos, Andruetto se ha preocupado por las secuelas de la dictadura cívico-militar y por la defensa de los derechos de las mujeres, así como por la continuidad de las violencias tanto en dictadura como en democracia. Hay en su poética un vaivén entre lo individual y lo colectivo, entre el pasado y el presente, entre la Historia oficial y las microhistorias cotidianas.

¡Mujeres, mierda!
María Teresa Andruetto



ediciones comisura

«Matar a la mujer falsa que impide que el vivo respire.
Inscriba el aliento de toda la mujer».

Hélène Cixous,
La risa de la medusa

«¿Es necesario que escriba indirectamente acerca de la
situación? ¿Es eso lo que desean que haga?».

Adrienne Rich,
Oscuros campos de la república

Índice

9	Lleva tiempo esta marcha	90	Ivonne
14	La comida de Babette	93	Muñecas
20	Bronislaw Wajs, Papsza	95	Una vida de novela
26	Sangre de mujer	98	Brotar de nuevo
30	Enheduanna	104	Campanas
33	La vendedora de fósforos	108	De apellido Jesús
36	Olga Aredez, Elisa Loncon y la Machi Linconao	113	Afasia
39	Colores	118	Silencio en Manitoba
43	Branislava Susnik	124	Un arte de vivir
46	La dama de Vichigasta	129	Eva
48	Yokcushlu, la niña yámana	134	En la yema de los dedos
51	La analfabeta	138	Aída Carballo
56	Milagro	143	Bella Ciao
61	La puñalada de Amalia	147	Eslabones
66	Aché Damiana, tatú del monte	149	Escribiré tu nombre en el cielo
70	El martirio de santa Úrsula	153	La Virgen de los peregrinos
76	Contra toda esperanza	158	Cenicienta
80	Tituba, la bruja negra de Salem	162	Las rastreadoras de Sinaloa
84	Los muxes de Juchitán	167	La sonrisa de Marta
		172	¡Mujeres, mierda!

Lecturas canónicas y marginales, voces de la calle, pinturas, obras de teatro, películas y, sobre todo, experiencias propias y ajenas llegan como relámpagos en medio del azar o la necesidad y encienden el fuego misterioso de la escritura. A ese caldero ingresan el dolor de los demás, la inconmensurable belleza de la vida y un universo de citas literarias irrespetuosamente proletarizadas en mi cabeza. De eso se alimentan los relatos de este libro.

Lleva tiempo esta marcha

Balún Canán se llama la primera novela de la escritora mexicana Rosario Castellanos. Fue publicada en 1957 y narra los enfrentamientos entre indígenas y terratenientes blancos durante la reforma agraria mexicana en la segunda mitad de la década de 1930. La misma Rosario era hija de terratenientes y se crio con una niña indígena que se llamaba Rufina. Su infancia transcurrió en la hacienda de Comitán, en la zona de Chiapas, cuyo nombre en maya antiguo era Balunem K'anál, que significa, dicen, «nueve estrellas». Escribió la novela en base a experiencias de su niñez en ese mundo de propietarios sometiendo a indígenas del que fue testigo; la narradora es, como lo había sido ella, una niña, hija de los dueños de la hacienda. Parte del argumento tiene que ver con la educación, porque, debido a nuevas leyes, los hacendados se ven obligados a dar instrucción primaria a los hijos de sus trabajadores, pero sucede que el maestro desconoce el idioma de los chicos y los niños

no hablan *el castilla*. Dice la leyenda que la escritora de esta y otras novelas, libros de poemas y un ensayo que se llama *Mujer que sabe latín* tenía que escribir a escondidas (de cualquier modo, a juzgar por la obra enorme y su muerte relativamente temprana, se las ingenió bastante bien) porque a su marido lo sacaba de quicio el teclear de la máquina de escribir. No sé a qué se dedicaba este marido que la historia recuerda por el episodio de la máquina, pero sabemos que hubo un tiempo en el que era peligroso ser una mujer que sabe latín.

En las marchas de mujeres anteriores al encierro pandémico y en las redes, escuchamos la frase de la española Carmen Losa: «Sal de Ítaca, Penélope. El mar también es tuyo». Es que, a la luz de los masivos movimientos de estos últimos años, todo se resignifica; las protagonistas de los mitos griegos y las de los relatos bíblicos, pasando por los personajes de ficción, reclaman nuevas lecturas. También Penélope, la mujer abandonada durante veinte años por el rey de Ítaca, símbolo de fidelidad y abnegación, y la que espera con su bolso de piel marrón y los zapatos de tacón, según cantaba Serrat.

Penélope, los movimientos de mujeres (y, si digo mujeres, puedo pensar en otros bordes, trans, negrxs, indígenxs, o lisa y llanamente pobres) y un mundo más allá de nuestras Ítacas. Hoy ya no se discute que les penélopes de todo pelaje hayan decidido navegar, pero más se navega, más se ve cuánto falta cambiar. Acciones antes vistas como sometimientos, tales como tejer, coser, bordar, se han vuelto instrumentos de liberación, recuperación de una sabiduría ancestral; bordar en un espacio público puede ser revolucionario. «Como la aguja que entra en

la tela, la persona que se presenta a bordar penetra en el tejido social. Se mete a la calle como punzón enhebrado de voluntad en todo el colectivo humano», dice Francesca Gargallo en su libro *Bordados de paz, memoria y justicia*, y la vida de las monjas en las comunidades religiosas permitió trasladar el nombre (sororidad) al hermanamiento de mujeres en la defensa de sus derechos. Tejiendo como Penélope, pero ya no encerradas en la casa, sino actuando con otras, bordando alguna forma de libertad.

Sal de Ítaca, Penélope. El mar también es tuyo.

No es que sea nuevo esto; ya doscientos años antes de Cristo, las matronas romanas hicieron una huelga reclamando mejores condiciones y, si el 14 de julio francés y la toma de la Bastilla les pertenecen a los hombres, la revolución del 6 de octubre de 1789, es, como dijo Michelet¹, exclusivamente de las mujeres, aunque haya sido bastante invisibilizada esa acción. Mientras los diputados deliberaban acerca de cómo presionar a los reyes para que acataran consignas de la naciente revolución, se conoció la noticia de que siete mil mujeres avanzaban hacia Versalles con dos cañones que se habían robado. Eran mujeres del pueblo, comerciantes, vendedoras del mercado y obreras de los arrabales con cuchillos de cocina, picos y otras armas improvisadas. Nadie podía creerlo: siete mil mujeres bajo una lluvia torrencial caminaron los veinte kilómetros que las separaban del palacio, se precipitaron hacia los departamentos reales y empezaron a golpear la puerta de la habitación de la reina, que apenas tuvo tiempo de escapar. La Marcha hacia Versalles fue de las mujeres del pueblo parisino, que después

de eso se metieron en la Asamblea, donde no les estaba permitido el ingreso, se sentaron en las bancas al lado de los diputados y exigieron medidas para resolver la falta de pan.

Lleva tiempo esta marcha, lleva tiempo comprender que las perspectivas de los individuos marginados u oprimidos pueden ayudar a crear nociones más objetivas del mundo, porque están en los bordes y en sus luchas van «de afuera hacia adentro» y eso les da una posición única para señalar patrones de comportamiento que los que están en el centro muchas veces no son capaces de ver.



La comida de Babette

Después de la caída del Segundo Imperio y de la guerra franco-prusiana, en el París de 1870, los pobres comían gatos o ratas para no morir de hambre. A partir de esta situación surgieron organizaciones políticas radicales y socialistas, como los comuneros, miembros y simpatizantes de la Comuna de París. Terminada la guerra, muchos de ellos huyeron al extranjero, 20000 fueron ejecutados durante la Semana Sangrienta y más de 7000 encarcelados o deportados hasta que se dio una amnistía general en la década de 1880.

Una comunera es la protagonista de *El festín de Babette* o *La fiesta de Babette*, de la dinamarquesa Isak Dinesen (Karen Blixen). En un caserío de Noruega viven integrantes de una congregación religiosa cuyos referentes son dos ancianas calvinistas hijas de un pastor ya fallecido que, con el fuerte sentido del deber inculcado por su padre, han tomado compromiso ante todo con Dios. En la austeridad de sus vidas se percibe

el rechazo a todo lo mundano y el placer es visto con temor y desconfianza ante lo desconocido, siempre amenazante. Un día llega a la casa de las ancianas, recomendada por un religioso, una mujer francesa pidiendo refugio. Ellas no necesitan servidumbre, pero se apiadan y la mujer comienza a trabajar en las tareas de la casa.

Desde entonces, la revolucionaria que ha perdido al marido y al hijo, la que llegó a aquel caserío pidiendo refugio, se ocupa de la limpieza y de la cocina para las ancianas y los fieles. Aunque ha dicho que sabe cocinar, las hermanas solo la autorizan a hacerlo austeramente: bacalao, sopa y pan para ellas y para los miembros de la comunidad. La mujer había llegado ojerosa y extraviada como un animal perseguido, como una pordiosera, pero en ese ambiente nuevo y amable no tardó en adquirir el aspecto de una criada respetable y digna de confianza. Sus amas al principio temblaban un poco, pero estaban seguras de convertirla pronto, con el puro ejemplo, a la vida consagrada. Desde el primer día le explicaron que eran pobres y que para ellas la vida lujosa era pecado. Su comida debía ser lo más sencilla posible; los cubos de sopa y los cestos de pan para los pobres eran lo que importaba. Babette asintió. Le enseñaron a preparar un plato de bacalao y sopa de pan y, una semana más tarde, la extranjera preparaba el bacalao y la sopa tan bien como cualquiera de los nacidos y criados. Pronto las ancianas advirtieron que, desde el día en que la mujer se hizo cargo de la casa, los gastos se habían reducido y los cubos de sopa y los cestos de pan estimulaban y fortalecían mejor a los pobres y los enfermos. Cierta día, ella contó que desde hacía

muchos años compraba un billete de lotería. Quién sabe, tal vez alguna vez se ganaba el *grand prix* de diez mil francos.

Años más tarde, el correo dejó una carta que venía de Francia. Una sorpresa, porque la cocinera no había recibido nunca una carta. La abrió, la leyó y les dijo a las señoras que se había ganado la lotería. Diez mil francos. Las ancianas quedaron mudas. Estaban acostumbradas a recibir su modesta pensión y les resultaba difícil imaginar diez mil francos, un billete encima del otro. Comprendieron enseguida que el acontecimiento les afectaba también a ellas porque seguramente Babette se volvería a París y dejaría de servirles. Y deseaban, desde lo más hondo de sus corazones, que la mujer aguantara quedarse con ellas hasta diciembre para la cena austera que compartían en la casa una vez al año, para Navidad y aniversario de muerte del pastor.

Una de esas noches, Babette fue a pedirles un favor: que le permitiesen preparar una cena *a su gusto* para conmemorar el aniversario del deán y el natalicio del Señor. Que sí, que no, finalmente las ancianas consintieron y el rostro de la cocinera se iluminó. Quería, dijo, preparar una verdadera cena francesa por única vez y les suplicaba que le permitiesen pagarla con su propio dinero. Que sí, que no, que sí que no, que no podían permitir eso, hasta que la mujer dio un paso adelante.

Isak Dinesen escribe: «Hubo algo formidable en ese movimiento, como el crecimiento de una ola. ¿Había avanzado así, en 1871, para plantar la bandera roja en una barricada?». Les dijo que en doce años nunca les había pedido nada, ni un favor, y que ellas, que rezaban todos los días, no se imaginaban lo

que era para un corazón humano no pedir nada. Ante esto, las damas aceptaron y Babette encargó las mercancías, que llegaron en barco desde Francia, y con ellas preparó una cena única. Puso una fila de velas en el centro de la mesa y las pequeñas llamas brillaron sobre los sacos y los vestidos negros de los fieles.

Vino de primera calidad, sopa de tortuga, perdices envueltas en masa milhojas, higos, melones y uvas frescas en ese pueblo de hielo. Salvo un militar de alto rango que estaba ahí de casualidad y no salía de su asombro ante el menú, todos los comensales eran gente sencilla. Se les había concedido una hora de eternidad y sus corazones se llenaron de gratitud. Era maravilloso para todos haberse vuelto como niños. Cuando la cena terminó y los comensales se fueron a sus casas, las hermanas encontraron a Babette rodeada de cacerolas y sartenes, tan pálida y agotada como la noche en que apareció pidiendo refugio. Ella les confesó que había sido en otro tiempo la cocinera del mejor restorán de París. Las ancianas preguntaron cuándo regresaría a su tierra, pero ella dijo que no pensaba regresar y que además no tenía dinero.

—Pero ¿y los diez mil francos? —preguntaron las hermanas.

—Los he gastado en la cena.

—¿Los diez mil? —preguntó una de ellas.

—Querida —dijo suavemente la otra—, no ha debido desprenderse de cuanto tenía por nosotras.

Entonces Babette las miró hondamente a las dos.

—¿Por ustedes? No, mis señoras —dijo—, no fue por ustedes. Ha sido por mí.



Bronisława Wajs, Papusza

Cuando era chica, la llegada de las gitanas al pueblo era un acontecimiento, la irrupción de lo distinto, temor y fascinación. Con sus polleras largas, sus gasas y sedas coloridas, las voces gruesas, el diente de oro asomando en la risa de viejas y jóvenes.

Las gitanas, las otras.

«Perseguidos, discriminados, sospechados, obligados primero al nomadismo y después al asentamiento forzoso, empujados a la pobreza y a vivir durante décadas fuera de la historia, el pueblo gitano es sobre todo tremendamente mal entendido», dice Isabel Fonseca, quien realizó su trabajo de campo en Europa del Este, vivió con ellos, conoció sus costumbres, su idioma y su historia y publicó *Enterradme de pie*, un libro revelador sobre esos a quienes llama «los negros de Europa».

El pueblo gitano ha vivido hasta no hace tanto «fuera de las normas de los demás pueblos, los sedentarios», sin poseer más que lo que podían llevar con ellos, para vivir en el

camino, tomar lo que les ofrecía, amar el baile, la música... La nostalgia es la esencia de la música gitana, pero es nostalgia de eso que lleva a ningún sitio, porque la melancolía que se suele basar en la patria o en la casa no tiene sentido en la cultura romaní, donde no hay regreso, sino andar. *O lungodrom*, el largo camino, donde la naturaleza era el hogar y las grandes familias viajaban en el tabor compuesto por carromatos, adelante los hombres, detrás las mujeres, abajo el suelo, arriba el cielo. Bronisława Wajs, más conocida por Papusza, hizo cosas que no eran habituales para una mujer de su pueblo. Nacida en 1908 o 1909 en algún lugar de Polonia cerca de Lublin y muerta en otra ciudad polaca en 1987, fue una poeta y cantante romaní, la primera —en una cultura oral— cuyos textos fueron publicados.

Su nombre quiere decir «muñeca» y me pregunto si no vendrá de ahí el *papusa* lunfardo que se utiliza como equivalente de mujer linda, atractiva. Nació en una familia nómada, hija de una mujer gitana y de un hombre de nombre desconocido que murió en Siberia. Fue criada por su madre y su padrastro, pasó infancia y adolescencia con su familia en los territorios más orientales de la Polonia de entreguerras porque su tabor bajaba por los bosques orientales de Volinia hasta el sur de Ucrania. Eran arpistas, transportaban sus instrumentos y a veces paraban un día o dos en alguna aldea. Esos fueron los momentos que ella aprovechó para aprender a leer y a escribir, en parte de manera autodidacta, en parte ofreciendo víveres a cambio de que niños escolarizados le enseñaran cada vez que la Kumpania se detenía en algún sitio. A los quince años la obligaron

a casarse con el hermano de su padrastro, arpista valorado en la comunidad, veinticuatro años mayor que ella. No tuvieron hijos —al parecer ella se negó a tenerlos—, pero durante la Segunda Guerra adoptaron a un niño que ella encontró entre cadáveres y que cuidó con el beneplácito de su marido.

Basándose en la gran tradición gitana de narraciones improvisadas y canciones populares, compuso largas baladas, angustiosos lamentos de pobreza, amor imposible y, más tarde, anhelo de una libertad perdida que hablaba del *lungodrom*, de ningún sitio adonde ir y de ningún regreso.

Bajo el nazismo, Papusza perdió más de un centenar de familiares en Auschwitz, muertos del genocidio gitano, el segundo en cantidad de víctimas después del judío, pero muy diluido en el relato de la historia universal. Perseguidos desde hacía siglos en todos los pueblos y países por donde pasaban, los gitanos sufrieron en su carne la condena a la que los demás pueblos los sometieron: primero expulsarlos a la vida errante, después prohibirles su nomadeo, el vagabundaje..., imponiéndoles duros castigos o bienintencionados decretos que hablaban de integración, pero obligándolos a renunciar a su modo de vivir, a perder su esencia. En todas partes fueron perseguidos y la Segunda Guerra fue para ellos un paso más en esa dirección que empujaba al exterminio su forma de vivir. Sus poemas son hoy uno de los escasos testimonios escritos del exterminio del pueblo gitano. En «Lágrimas de sangre: lo que pasamos bajo los alemanes en Volinia en los años 43 y 44», uno de sus poemas más extensos, ella expresó la magnitud de los sufrimientos de su pueblo durante la guerra, así como también su amor por la

vida y la naturaleza. Un canto sobre lugares específicos, sobre hechos concretos que les habían sucedido y sobre las penurias que pasaron gitanos y judíos: entre otras cosas, dos años en un bosque viviendo bajo tierra, destruidos sus carrromatos para no ser vistos, sin poder encender fuego, ni siquiera en invierno.

Escribía su diario en polaco y su poesía en romaní, utilizando los signos alfabéticos de la lengua polaca para transcribir la fonética romaní, que carecía de escritura. Tras la Segunda Guerra, se refugió en el clan al que pertenecía el poeta y etnógrafo polaco Jerzy Ficowski, partisano de la resistencia polaca a la ocupación nazi, quien la animó a recopilar su poesía y le buscó editores que enseguida captaron su excepcionalidad. Los poemas salieron en revistas y en una antología. Poco más tarde, en la década de 1950, las autoridades polacas llevaron a cabo un programa de asimilación y sedentarización forzosa del pueblo gitano que formaba parte de la política prosoviética de productivización y se extendió por unos veinte años. En ese contexto, Ficowski consideró que los poemas de Papusza podían servir con fines propagandísticos entre los romaníes para apoyar esa política de sedentarización, vivienda y escolarización desarrollada por el Gobierno con alrededor de 15000 gitanos supervivientes del Holocausto. Pero en 1953, mientras ella residía en una granja colectiva para gitanos en el occidente de Polonia, a orillas del río Varta, fue apartada del clan por «contar los secretos» de las costumbres gitanas. Aunque ella pidió que se retiraran las ediciones, fue juzgada por los suyos, considerada impura y castigada con la expulsión de por vida de la comunidad. En una época en que «el problema gitano» se

solucionó poniendo en práctica los asentamientos que hicieron disminuir el analfabetismo, pero a costa de borrar para siempre muchos oficios, costumbres y tradiciones culturales y artísticas, se la vio como una traidora. Ella quemó cerca de trescientos poemas inéditos, pasó ocho meses recluida en un psiquiátrico con una profunda depresión y los restantes treinta y cuatro años repudiada por los suyos, olvidada, rehuida por su generación y desconocida por la siguiente, hasta su muerte en 1987.

Solo años más tarde se recuperó parte de su obra que ella no había destruido y desde entonces se la reconoce como una de las voces que más han defendido la cultura gitana. Kamira, la Federación Nacional de Mujeres Gitanas de Córdoba, España, reivindica su memoria con un Concurso Internacional de Poesía Romaní para apoyar y visibilizar la integración y convivencia de la cultura Rroma y la polaca. Y la editorial española Torremozas editó un libro bilingüe con sus poemas titulado *El bosque, mi padre*. En la web se pueden encontrar unos videos donde ella canta en romaní:

Nadie me comprende,
solo el bosque y el río.
Aquello de lo que yo hablo
ha pasado todo ya, todo,
y todas las cosas se han ido con ello...



¡Mujeres, mierda! es un libro de María Teresa Andruetto.

Publicado en España en mayo de 2024 bajo el cuidado editorial de Carlota Visier, Jesús Cano Reyes y Laura C. Vela.

© de este texto: 2024, María Teresa Andruetto

C/O Agencia Literaria CBQ

© de las fotografías: Andrea Modica

© de esta edición: Comisura, 2024

ISBN 978-84-09-60486-9

Depósito Legal M-10561-2024

Comisura es una editorial independiente que publica discursos híbridos.

edicionescomisura.com



Andrea Modica (Nueva York, 1960) es fotógrafa y profesora en la Universidad de Drexel. Su proyecto más conocido es *Treadwell* (Chronicle Books, 1996), donde fotografió a una niña llamada Barbara y su vida en una granja familiar. Continuó retratando a Barbara hasta su muerte en 2001 a causa de una diabetes infantil. Otros de sus libros son *Minor League* (Smithsonian Press), *Barbara* (Nazraeli), *Human Being* (Nazraeli), *Fountain* (Stinehour Editions), *As We Wait* (L'Artiere) o *Clinica Equina Bagnarola* (Tis Books). Sus fotografías han aparecido en numerosas revistas, como *New York Times Magazine*, *New Yorker* o *American Photo*, y ha recibido el prestigioso Premio Knight Award o las becas Fullbright y Guggenheim. Modica ha realizado numerosas exposiciones individuales en el Museo de Arte Moderno de San Francisco, el Museo de Arte de Cleveland y el Museo de Artes Fotográficas de San Diego. Sus fotografías están hechas con una cámara 8X10" con película Kodak Tri-x. Las copias finales son de platino-paladio y posteriormente son digitalizadas.

¡Mujeres, mierda! es un libro compuesto por treinta y nueve relatos acompañados por imágenes de inquietante belleza de la fotógrafa estadounidense Andrea Modica. Giran en torno a mujeres cuyo modo disidente de estar en el mundo las volvió víctimas de encierro, olvido o violencia y, en ocasiones, receptoras de tardío reconocimiento. Encontrarás aquí chispas, relámpagos de vida, de mujeres de culturas diversas, conocidas o ignoradas, desde Papusza hasta Babette, desde Branislava Susnik a Aché Damiana, desde las brujas de Salem a Aída Carballo. En un híbrido que enlaza arte y cotidiano, ficción, información y experiencias personales, Andruetto —narradora argentina, autora de una obra sólida y fascinante— bucea en episodios escondidos de la historia menor para vislumbrar lo que quedó fuera de la Historia en los relatos hegemónicos.



9 788409 604869



ediciones comisura